

20

Sara de Ibáñez / Apocalipsis XX

El presente libro está integrado por una serie de estampas dentro de cuyos contornos, y mientras presencia el transcurrir de las calamidades que afligen al siglo, Sara de Ibáñez inscribe, de acuerdo con un estricto ordenamiento formal, los intrincados pormenores de su registro visionario: memorias de atrocidades y martirios, alegorías del estupor y el vértigo, emblemas de lo invisible, ceremonias de Juicio Final. Estremecida por una exaltación trágica que aspira a exorcizar la fatalidad mediante invocaciones, plegarias y anatemas; inspirada por una forma del delirio que le confiere incluso la jerarquía de la condición profética; revelando además su identidad con determinados temas bíblicos, la palabra de este poeta nos propone un universo en donde la existencia humana, enfrentada a su horizonte mortal, se formula ante todo en términos metafísicos.

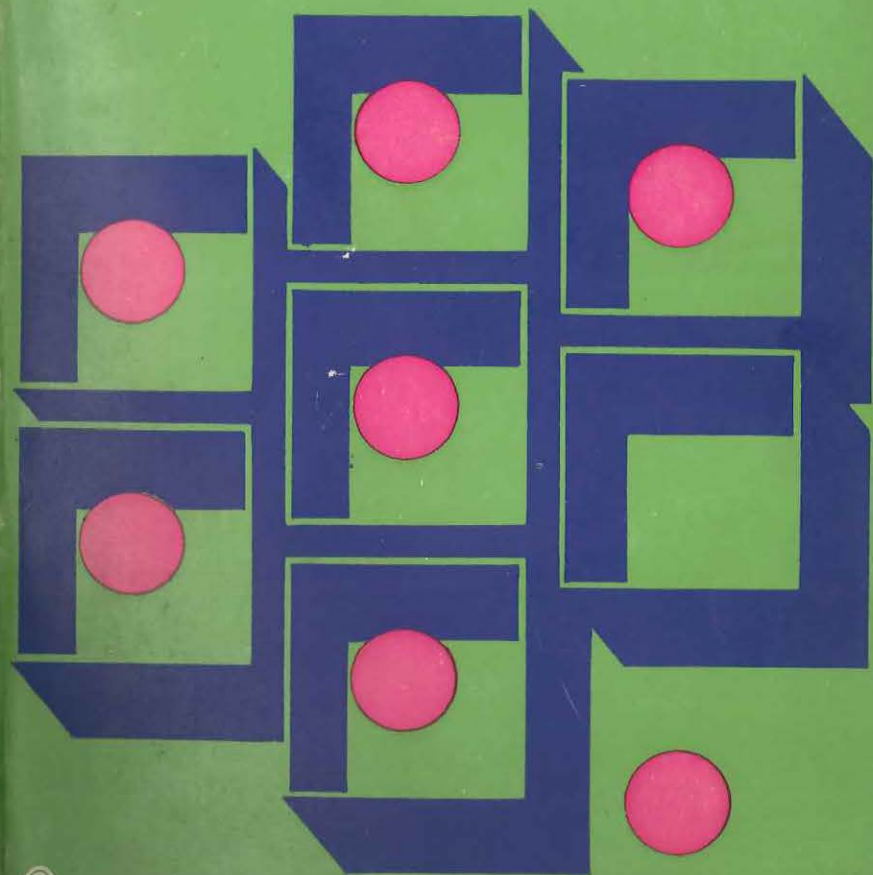
La vehemencia patética que engendra su lirismo se somete aquí a un complejo proceso de acendramiento, esencialidad y transmutación. Por obra y gracia de la coherencia prosódica, de los recursos imaginativos, de la severidad métrica, de la orquestación verbal, la energía primigenia —que es de violencia, de desmesura, de "fusilería metafórica", como dijera Rodríguez Monegal— tiende a transformarse en movimiento de ascenso hacia la abstracción, en *cosa mentale*. "La oscuridad de sus imágenes —ha advertido Anderson Imbert— no se debe a que se queden desordenadas en el fondo de la subconsciencia, tal como nacen, sino que se alambican, se quintaesencian y al final de un proceso mental muy trabajoso acaban por ser símbolos herméticos".

Nacida en Uruguay (1910), promovida a la atención continental a raíz de la publicación de *Canto* (1940) y del entusiasta prólogo con que Pablo Neruda la saludara en ese mismo libro, Sara de Ibáñez ha ido enriqueciendo y afianzando en cada una de sus obras posteriores —*Hora Ciega* (1943), *Pastoral* (1948), *Artigas* (1951)— los dones expresivos que la han convertido en uno de los más altos valores poéticos hispanoamericanos.

SARA DE IBANEZ / APOCALIPSIS XX

APOCALIPSIS XX

Sara de Ibáñez



MONTE AVILA EDITORES

COLECCION ALTAZOR

SARA DE IBAÑEZ

APOCALIPSIS XX



MONTE AVILA EDITORES C. A.

© Copyright para todos los países
by Monte Avila Editores C. A.
Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

VISION I

El cuerpo del monstruo fulmíneo llenaba el espacio
como un pez que se hubiese tragado la mar.
No existía ya sitio más que para un temblor
y la luz era a un tiempo su piel y su carne.
Un leve punto, gota, embrión de la tiniebla,
apareció en el tenso vientre en llamas,
en el furioso vientre hurgó como semilla de la noche.
Mínima boca dentada de pequeña bestia carnívora
comenzó a devorar su alimento dorado;
desaparecía la entraña fulgurante
en una gula negra de nocturno sin pausa.
El velludo animal, hijo enemigo,
feroz cogollo de iris desangrados,
vertiginoso obrero devanaba la sombra
hasta empujar el límite de escamoso relámpago,
la piel del muerto que lo enmascaraba.
La enorme boca ya, la enorme boca
tiró de aquel revés de lumbre en fuga;
la envoltura marchita se desgarró como vestido frágil
que se hubiese quitado una centella,
y empezó a deslizarse por la dura garganta
se hundió sin dejar huellas en el ancho agujero.
Después un punto de oro comenzó a destellar tímida-
[mente
en el fondo del monstruo recién anochecido.

Y voló hacia mí uno de los serafines teniendo en su mano un carbón encendido tomado del altar con unas tenazas.

Y tocando con él mi boca, dijo: He aquí que esto ha tocado tus labios y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.

Isaías 6 6-7

VISION II

El aire entristecido de una lejana muerte de palomas
soplaba un lento pífano de nieve.

Yo era un árbol de antenas
entre torres cerradas,

y los pálidos trenos de la noche
apagaban espumas en mi oído.

Yo estaba solo entre las torres frías

y la hoguera del mundo me zumbaba en los huesos.

Era una honda cisterna,

un sumergido estuario,

y el mundo se arrojaba en mis entrañas

por un millón de solapados ríos.

Apareció de pronto, como fuente

que esculpe en el silencio sus helados lingotes,

palmera de las lágrimas,

huso gris de la lluvia,

espejo inapelable que doblaba mi rostro,

mis cabellos, mis manos,

y mi respiro de animal celeste

casi a medio morir, precipitado

en un pozo de sangre.

Levántate, me dijo, no te resistas, oye:

la llaga viva cantará en tu lengua,

agujones de sal en tu garganta
duplicarán el musgo del infierno,
y has de parir palabras de martirio
y has de quebrar las lámparas sombrías
que entre tus pies de arena alza la muerte.
Me levanté y atravesé temblando
una verde espesura de centellas;
y oculta en el nocturno de mi sangre
una sonrisa de linajes crueles
me desgarró como pausada rosa
que hace estallar un témpano al abrirse.

Tendí mis manos para asir las manos
del ya indeciso, mudo compañero.
Y entonces vino a mí como fantasma
que retorna a su cuerpo abandonado:
vi mi aliento en su boca sumergirse,
entró en mí como espectro y fui su carne,
y ya fui solo, para siempre solo.

Miré y estaba solo: la fragancia
de los lirios del campo en mis cabellos,
el corazón, pequeña flor del rayo,
luciérnaga del tierno paraíso,
a través de mi piel resplandecía.
Estaba solo, sin mi amargo espejo,

borrado en mí como en la luz la llama,
sin el ordenador de verbo oscuro
que me cortó los cíngulos del polvo.

La muerte huía entre alamedas grises
con sus negras farolas
y el huracán plegado
como una mariposa entre los dedos.

VISION III

Pegada a mi garganta, envolviendo mis gritos desahucia-
con las frías volutas de una boa de algodón y ceniza,
la tiniebla porosa me rodeaba.

Prisionero en el último dédalo del espanto,
la muerte germinaba entre mis huesos
a la velocidad convulsa de la asfixia.

De pronto el filo de una mariposa
de aire avaro rasgó mi blanda cárcel,
y mis ojos se abrieron

como dos lunas grises que bebían mi sangre acurrucada,
sobre un hueco creciente, cuajado de ciudades con millo-

[nes de rostros,

donde sobrenadaba mi agonía.

Y súbito mi aliento, como turbión parido por mi en-
[traña,

tiró de mí arrastrándome
hacia el sueño falaz del horizonte.

Mi cuerpo abrió una seca espesura de humo;
a mi paso volaban en levísimos copos
las momias de las noches abolidas,

y otro cuenco rugoso me esperaba, y otro bosque de
[anillo caudaloso.

Como en el vientre enorme
de nocturna granada
descendía el camino de la esfinge;
por su descolorido pensamiento

que aún embridaba el vuelo de mis horas,
mi fantasma agobiado por la densa corona de la vida
celda a celda del tiempo iba apartando
los sellos de enlutada mordedura.

Como fruto que marcha hacia las hondas raíces, retornaba,
volvía hacia los gérmenes borrados,
hacia la fuente del primer aullido
donde se quedó solo, de espaldas al amor de Dios, el hombre.

VISION IV

La luz era rosada,
venía de un tranquilo firmamento
donde colgaban astros
como cuelgan los frutos del otoño.

Dos altares humeaban:
dos hombres se inclinaban ante el fuego sagrado
en que se derrumbaron las gavillas
y los blancos lechales.

Dos altares ardían: en uno las mazorcas
se volvieron de pronto amoratadas
y el fuego alzó su lívida columna
parecida al pavor de una palmera.

El aire se llenó de alas marchitas
que empañaron los hombros de la aurora
y entre las brasas lúgubres cayeron
como pájaros muertos las plegarias.

El otro altar bullía con un dulce
chisporroteo, y una nube esbelta
se alzaba, pedestal de la alegría,
oráculo de espumas en el viento.

Una oblicua mirada
se disparó como incendiado puente,
y por él la palabra sumergida
hizo chasquear su cauda de agujijones;

Se lanzó con sus lazos, con sus redes
de fraterno rumor enmascarados,
y el polvo, seca fuente de los días,
bebió la amarga sangre que no calla.

La muerte apenas emplumada abría
como un pichón el desmañado pío
en su nidal de hierba y de frescura,
cuando el jardín tembló por vez primera.

La muerte se esponjaba
todavía en su vuelo enmadejado;
con tierno pico aún cortaba flores
bajo entreabiertas lágrimas caídas.

La muerte estaba en su jardín tranquilo,
tan joven hambre, tan desnuda historia,
y repentinamente
fue un costroso dragón de cien quijadas,
y repentinamente
su paso hizo crujir la oscura tierra.

VISION V

Vi a los sabios sentados en los oscuros pórticos
rodeados de palomas
y partiendo una estrella
sin peso entre los ásperos mendigos.
Los vi sentados a las mesas de oro.
Sus máscaras divinas
debajo de las gélidas coronas
enamoraban roncas muchedumbres.

Como escudos de sangre
se levantaban ciegas criaturas
y sus pisados huesos
alargaban la sombra de las torres.

Vi a los sabios borrados
por el otoño de las sacras iras.
Vi sus lenguas de llama
sumidas en los reales pudrideros.

Vi levantarse entre las hierbas verdes
su lámpara en la mano de los muertos.

VISION VI

Vi andar el tiempo errando entre colinas y llanuras.
Vi subir las ciudades de los hombres,
sus tímidas parábolas de junco,
y el río de los muertos, el río de ojo inmóvil,
correr entre las grises iniciales del muro
y las columnas donde canta el fuego de espirituales lla-
[gas coronado.

Vi a los hombres del pan romper las cápsulas
donde un cometa mínimo dormía;
pulir con llanto su ácida escultura,
trazar su órbita negra,
esperar la tranquila visitación de la perfecta forma,
y derramar los huesos en amarillos cánticos
al golpe de la cola palpitante de incendiadas espigas.

Vi las flores del bronce, las del hierro,
salir de las clausuras planetarias
en gemelos jardines enemigos que beben el sudor de la
[agonía.

Vi cálices y pétalos feroces
lamer la dura sangre,

y pálidas corolas como vasos sumisos
devolver a los mansos el resplandor de las borradas frentes.

Era el vertiginoso parpadeo de los días del hombre y yo
[miraba;

de ciudad en ciudad, de nave en nave,
los vi cubrir de extrañas vestiduras
el divino desnudo de la tierra.

Los vi labrar sus toscos instrumentos
hasta encontrar las médulas canoras,
los vi beber sus tósigos, sus vinos,
los vi escribir historias de locura,
los vi asfixiados de sabiduría,
los vi ceñir escudos y corazas,
y erizados de muerte rodar sobre las torres erizadas de
[espanto,

con un permiso negro, ilegible, copiado
en el revés del cielo.

Los vi abrirse y crecer en la desorbitada espiral de los
[siglos,

relumbrando en millones de dientes carniceros,
y en legiones con rostros de paloma aturdida,
bajo la doble sombra de un espino que sangra,
y de un laurel que muere y resucita a cada instante.

VISION VII

Un rey alza llorando su corona
manchada con el polvo de la guerra,
y a la orilla del agua busca un sitio en el cielo,
busca el último umbral de la plegaria.

Las rodillas desnudas
se clavan en la arena; el rey se encoge
como un duro sarmiento del verano,
y al ruido de la mar rompe en espumas
la salada oración entre sus venas.

Lejos arde el palacio en la más alta
cresta de la ciudad; los densos muros
erizan crepitantes musgos de oro,
y el vaho de un zumbido de panales
riza las barbas del gran sol que ríe.

Los serenos ejércitos reclinan
lujosas llagas y sudor secreto
por los muelles rincones de la fiesta.

Los ojos de los dioses
tras el humoso altar la piedra enfrían;
y las mujeres al mover sus manos
entre las rosas que los aires quiebran,
desatan el arroyo de la sangre
que duerme en las arrugas del desierto.
Por las vastas colinas

late el gusano en abrasadas cuencas,
y los ojos descienden ante el pudor del cielo
a pudrirse en honduras,
de donde nunca se alzar  una hierba
que se lleve en el pico una paloma.
El rey sabe que el sol caerá en su trono
y ha vuelto las espaldas a las torres;
ha bajado a la arena,
se ha quitado la pálida corona
y se ha muerto llorando de rodillas.

VISION VIII

I

La tiniebla era un t mpano,
el seco nudo de la sal y el frío;
y de pronto tembl , como una selva
traspasada de túneles funestos.
Por hirsutas heridas
ríos de negras hojas derramaba,
de negras hojas, rígidas espumas
que hizo crujir el diapasón del alba.
Por la abierta espesura
resonaba un galope ensortijado,
un gran galope ronco,
una tormenta de amarillas patas
que iba quebrando trinos y perfumes;
un galope de cascos ateridos
batiendo opacos címbalos de nieve.
Vi cruzar por los aires
caballo y caballero,
y los vi descender como dos rayos
crinados por las llamas del azufre,
comidos de gangrenas celestiales,
tensos, en una muerte sin reposo.

2

Un sol enmascarado
levantó sus violetas encogidas,
y nubes como larvas
comieron del manzano de la aurora.
Esmaltadas con ojos de serpientes
dormían las ciudades,
y las pobres aldeas
bajo el silencio cárdeno latían.

El remolino hizo chasquear de pronto
su amoratada lengua,
y en espiral sombría
se desgarró bramando por el cielo.

Pájaros muertos en el aire erraban.
Secas raíces en el aire ardían.

El sueño se quebró como una baya
de cristal, y los pálidos oídos
abrieron en las puntas del espanto
un consumido caracol de sangre.

3

Los hombres, aferrados a sus cuerpos,
dijeron oraciones y conjuros;

abrieron y cerraron sus ventanas,
subieron a sus techos, a sus torres,
pisotearon las eras y los huertos,
clavaron con sus huesos las mazmorras,
disueltos en sus lágrimas cayeron,
aullaron como lobos
heridos por un látigo de llamas;
rodaban en sus dédalos de arena,
iban a acurrucarse en sus clausuras,
ceñían las custodias del granito
hasta que el fuego hendía
las viejas podredumbres
y en su iracunda flor los levantaba.
Pero quedaron para ver, quedaron
para oír y olvidar y oír de nuevo.
Hubo una inmensa muchedumbre muda
que dejó sus palacios y sus cuevas
vestida con su túnica de llagas.
Se asomaron los santos y los fuertes,
atreveron el rostro los malvados,
y vieron la tormenta, y hartos fueron
sus ojos de la cólera divina.

4

Mientras la muerte abría sobre el mundo
los grifos de su fiesta, vieron todos

el gesto del crujiente caballero,
su inminencia de otoño agazapado
en una rama de mordidos oros.
Alzó una mano y coaguló un momento
la ululante ceniza del castigo,
que descendió temblando en largas hojas,
y habló por fin estas palabras negras:
Yo soy el tenebroso, el disparado,
siemprevivo cometa de la furia,
caballero tenaz de la desgracia.
Recordadme, asomaos a mi rostro:
yo, muerto sin cesar, soy vuestro espejo.
Recordadme roído para siempre
y alimentado por la misma lumbre.
No encontrarán los cascos de mi bestia
el blando umbral, los lindes del reposo;
un instante de Dios mide mi estancia,
mi tiempo no da flor entre los vivos,
sólo el minuto de caer señalo,
sólo os digo la hora de la angustia.
Recordadme, asomaos a mi rostro:
yo, muerto sin cesar, soy vuestro espejo.
Un soplo de cisterna
volvió a encender el fúnebre galope.
Torreteras de alas en el vuelo
del torbellino: flores

de fango desmentidas por la luna,
cayeron y cayeron
sobre los hombres de sellados labios
borrando sus torcidas esculturas.
Y la noche sutil cortó una rosa
quemada por la niebla y por la nieve,
que un momento, indecisa
creció de pronto y apagó la fiesta.

LETANIA DE LA VERDAD

Un hombre se alza del rocío;
calladas hierbas lo rodean,
el cielo es leve, el mar es mudo.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su sueño;
giran los astros y las flores,
cantan las selvas y las aguas.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su sangre;
entre las bestias y las lunas
el tosco vuelo de su lengua.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza en su alegría;
 nombra al delfín y a la paloma,
se echa a morir sobre las piedras.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su llanto;
devuelve al polvo la mirada,
cielo prestado lo despoja.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su miedo;
se puebla el mundo de su imagen
presa en espejos derrumbados.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su angustia;
vuela el endriago, pasa el ángel,
fuego no visto lo devora.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza en su esperanza;
cruza la hoguera de la espiga,
toca el aliento de los dioses.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su espanto;
la piel del mundo limpia, intacta,
copia su pálida escultura.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza de su orgullo;
con mil millones de ojos vanos
mira el revés del universo.

¡Oh verdad, miserere!

Un hombre se alza en su locura;
riega con sangre sus jardines,
pudre en la guerra su sonrisa.

¡Oh verdad, miserere

Un hombre se alza en su delirio;
masca sin fin su pan de nubes,
furias del hambre lo sustentan.

¡Oh verdad, miserere

Un hombre se alza en sus infiernos;
agusanado de palabras,
grises rescoldos lo gangrenan.

¡Oh verdad, miserere

Un hombre vela en su armadura;
vivo sepulcro de la aurora,
triste borrón del atalaya.

¡Oh verdad, miserere

Y otro hombre viene por el frío
chorreando sal en las tinieblas,
armado y solo, armado y solo.

¡Oh verdad, miserere

Quien tenga oído, oiga. Quien lleva al cautiverio, al cautiverio irá; quien a espada matare, a espada también será irremisiblemente muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los justos.

Apocalipsis 13⁹⁻¹⁰

VISION IX

Tres rayos laten en el cielo
como frutos que Dios modula
y caerán en las tres cabezas
cuando la ira esté madura.

Una bestia negra ha dejado
en la montaña su agujero.
Con las uñas aplasta aldeas,
y tala bosques con su aliento.

A medio andar entre las flores,
entre las flores y los hielos,
le sale al paso ensangrentado
otra bestia de blanco fuego.

Esta trae las blancas patas
llenas de oro y de veneno,
y su crestado lomo enlucen
el viejo polvo de los huesos.

En todo prado se ha dormido,
y todo mar su estela daña,
donde ella mira el trigo muere
y los gusanos se levantan.

Los monstruos huelen y resoplan
como ventanas del infierno,
y al rudo golpe de sus rabos
otro animal despierta lejos.

Tiene los miembros sumergidos
en un barro gredoso y ciego
y se mueve rabiosamente
para arrancar su enorme cuerpo.

Su enorme cuerpo tiene escamas
de lujosa muerte raídas
y sobre el pútrido pantano
se arrastra la lengua amarilla.

Tres rayos laten en el cielo
como frutos que Dios modula,
y caerán en las tres cabezas
cuando la ira esté madura.

VISION X

Un blanco sitio en medio de la ciudad que vela
su vuelo encadenado
de paloma escarchada por el miedo.
En los tranquilos atrios se amontonan
barbudos mercaderes de sarcófagos;
agriros batracios muertos,
qué bajo la galvánica punzadura se estiran;
y morados pregones
leudan como burbujas de rabia hasta el frenético estallido.
Encenagados labios, impúdicas troneras
acribillan las frondas melodiosas, los floridos silencios res-
[quebrajan.

Sinuosos escuadrones
caen del aire en sus crispados vientres,
se bambolean en torcidos miembros;
vuelan turbias hormigas de melaza
comiendo los retoños de la aurora;
escorpiones de vidrio como leves sarmientos de panales
en sus doradas máscaras de azúcar
crujen, y alegres moscas
de cementerio, pasan cubiertas por un pétalo de menta.
Ya son espeso río que levanta sulfúricos vapores
y tuerce entre las piedras irritadas
hasta alcanzar voraces sumideros.

De pronto entre las sombras de la noche vecina,
botones de pálidas rosas con ojos,
asoman cabezas de agresiva lumbre.
Las hojas se encogen, los ramos se apartan,
retroceden los setos fragantes;
ellas avanzan lúcidas, seguidas por los cuerpos pausados
de firmes criaturas
que empiezan a marchar, marchan y crecen;
se tapan con las manos los oídos,
marchan y crecen hasta la estatura
de los secretos ángeles sin alas.
Llegan como las torres calientes de la sangre
donde cuelga la luz su terso escudo
y echan raíces en la amarga tierra.
Los ven los aulladores, es la hora:
es la crispada hora del espanto.
Un sonoro zarzal rompe sus lenguas,
los nudos del desierto sus gargantas.
Alzan los brazos, doblan las rodillas;
las mandíbulas torpes
penden en su mudez desencajada,
y las hondas criaturas los rodean
como plegados rayos de la muerte,
mientras cierra la rosa de los vientos
en un ápice azul todos los rumbos.
El ruido de los huesos aplastados

y el chapoteo de los pies de nieve
truecan el aire en iracunda espina
y esponjan un oleaje turbulento
como viva campana
que empuja el horizonte enlagramado.
La negra sangre castigada extiende
rígida flor en el silencio ahíto;
y de pronto los bordes coagulados
tiemblan, se encrespan, se levantan, giran
sobre la almendra de radiante hueso
hasta ser un gran fruto
que repentinos pájaros de azufre
devoran ferozmente, hasta borrar
con la última migaja entre los picos.
Serenas criaturas,
la cara vuelta al cielo,
con las manos blanquísimas pegadas a los flancos
[rosos
se alejan y se pierden echando el resplandor de las se-
[millas
que vuelan en el alba.

VISION XI

Mira, mira las bestias, el crestado
lomo de mármol que apunta sus llamas:
mira la roja, su escamoso vientre,
lengua de lodo y fúnebre quijada;
la lila en su tizón crepusculado
con un hijo mohoso en las entrañas,
la verdinegra —hiel-olivo-muerto,
la amarilla en el tigre cultivada;
la tornasol, molusco, giratoria,
la gris-humo de mueca y de palabra.
Mira, mira las bestias cómo beben
la sangre abierta al resplandor del alba,
huellan historias de arrugado rostro,
cabelleras de espuma veneranda;
huesos mastican en sus tallos verdes,
sepultan bocas en su estrella intacta.
Pululan, corren, giran, crujen, laten,
asesinada miel unge sus garras;
y las semillas que los muertos oyen
tejer, en sueños, la celeste escala,
entierran los ultrajes del futuro
en sus dulces matrices clausuradas.
Ya son más que los puros, que los santos,
más que los inocentes sin mañana;

ya son más que los sabios, que sus lenguas
de oro vivo en las charcas derramadas,
ya son más que los mansos que blandieron
sonrisa por escudo y por espada.
Pero no más que los tranquilos héroes
que a la sombra de Dios ponen su casa,
los hijos del amor y la paciencia
que saldrán a torcerles las entrañas.

VISION XII

A diestra y a siniestra
los montes abren escarpadas bocas;
dos anchos agujeros donde la sombra espesa,
móvil como un océano de moscas,
cubre los dos cubiles de las bestias.

Con ademán profético la nieve,
desde las cumbres que el silencio pasma
hasta los negros basamentos, tiende
el cabrilleo de su yerma escama
tejiendo el capirote de la muerte.

Entre las dos montañas
las trémulas colinas
hacia los horizontes se disparan
en sendas de rosadas geometrías,
como el tenso ramaje de las venas sagradas.

Aquí las vivas flores
levantan una cúpula de aromas,
los animales comen
la hierba que rebrota
antes que sus mandíbulas en la rumia se gocen.

Vibran intactas lenguas: los cantos, las plegarias,
los ayes que dardean en la brisa,
las libres quejas de la boca airada,
los labios inventores de noticias
que sólo Dios asiste o amordaza.

Todos llevan el rostro
de un sueño desigual iluminado,
y mientras unos pies piden reposo
otros hacen chispear el aire blanco
y llenan de alas el divino polvo.

Este es el sitio indemne
donde se embota el funeral zarpazo
entre los palomares que la alta luz sostiene;
el sitio de los justos, el sitio del hermano,
casa del sol, morada sin paredes.

Aquí duermen las cándidas semillas
del tiempo sin banderas;
aquí la sangre aguarda sin terror y sin prisa
la hora de la siega,
cantada por los pájaros del día.

* * *

De pronto el rostro azul del aire cruje
y cae en quebradizas espirales
bajo una densa máscara de azufre,
porque los montes paren:
ya asoma la gemela podredumbre.

Un monstruo empurpurado
como rescoldo del infierno, encoge
su córnea fortaleza para el salto,
y llaga el suelo el serpentino roce
de su eléctrico rabo.

La bestia láctea nace en la otra sombra
y estira ya los vastos cuernos de oro;
el hocico gotea como una fuente hedionda
mientras se curva el almenado lomo
con el furor de una pesada ola.

Embestida tenaz arruga el viento
del valle fronterizo,
y al chocar las dos testas como rocas del fuego,
se abrasan en los vientres de sus madres dos millones
[de hijos
y ciudades y campos arden bajo sus muertos.

Las voraces mandíbulas
tajan ríspidas fuentes en la brega,

y una sangre infinita
por el mundo desploma cortadas primaveras
y encoge, en eco amargo, su dalia repentina.

Los monstruos sin victoria,
y sin posible muerte, se repliegan;
las heridas borrosas
como secos relámpagos de arena,
sin muerte, seminarios de la muerte, reposan.

VISION XIII

Vi a uno que llegaba con la aurora
por cinturón, como palmera erguida
que escoge el fuego para hallar su cara.
El fuego de la aurora lo ceñía,
y volaba tras él, dorado enjambre,
la cauda del divino pensamiento.
Ven, dije: tú que sabes las heridas,
muerte y resurrección de las palomas;
que sabes el color y horror sagrados
del mar cuando la noche,
hasta fundir sus tuétanos, lo besa.
Tú que sabes también cómo palpita
la luciérnaga anclada en verde nieve,
y el frío que sufrió la salamandra
dejada de la mano de los dioses.
Ven, testigo de oro, llama enjuta,
mira a los mansos de la tierra, mira,
y ayúdame a llevar estas visiones.
¿Ves a la bestia blanca,
el resplandor viscoso del hocico
que tritura curvadas muchedumbres?
¿Ves los disueltos ojos y las lenguas
correr por las arterias del diamante,
brillar bajo las pieles de las torres

donde tiene la bestia su yacija?
Mira: ¿ves a la otra
con su gran cuerno embadurnado de oro
y una púrpura hedionda en los ijares?
Sale de su caverna y entra ahora,
en un bosque arrugado por el frío;
de su violácea lengua se libera
un corrupto vapor que mancha el viento
y desnuda de pájaros el día.
Delante de su fúnebre galope
como pobres insectos abrasados
corren y corren cuerpos sin cabeza
(el monstruo ahíto de cabezas hipa),
y corren, corren a labrar ciudades
donde la bestia pasará sus anchas
vacaciones de siglo: mira y llora,
y ayúdame a llevar estas palabras.

Y la gran ciudad se hizo en tres partes y las
ciudades de las gentes se desplomaron.

Apocalipsis 16¹⁹

VISION XIV

Un hombre, un hombre solo
en su cueva de frío
bajo el peñasco de rosadas sombras
posa con torva suavidad su dedo
sobre el pulido nervio de la muerte
que acaba en un botón sincronizado.
De repente una torre enfurecida
que muele sus entrañas en el aire.
De pronto una locura de florestas
que en instantáneos árboles estalla.
Súbito entre los pájaros más tenues
y el más dormido andar de las raíces
el espinoso caracol de un vuelo;
un vuelo ensimismado en sus cenizas,
las cenizas del paso y del reposo,
las cenizas del ruego y del abrazo,
las cenizas del júbilo y del sueño,
la ceniza que ríe, la que canta,
la ceniza del llanto y del suspiro,
la ceniza que danza, la que piensa,
la que maldice, la que besa y brama,
la ceniza que olvida sin descanso.
Cenizas de los muros llenas de ojos,
cenizas de las mesas y los lechos,

de cristales, de libros, de manzanas,
de telas, de instrumentos venerados,
de jardines con fábulas marchitos,
de techos y de plazas y de calles.
De pronto, sí, de pronto la ceniza.

VISION XV

Electra, entre alaridos, come un gajo del iris
sentada en la espiral del torbellino:
mastica las espinas del índigo irritado,
la flor del amarillo mancha su boca airada,
las bayas encendidas del azul saborea,
la piel del rosa engulle, sorbe el licor del verde.
Se eriza su violenta
lívida cabellera de medusa,
zarzal de la ponzoña
coronado de lenguas bifurcadas;
sus ácidos relámpagos
de vidrio encrespa alrededor del rostro,
lo cubre, lo enmaraña el remolino
que en los gemados huesos huronea.
Pero los ojos, ¡ay!, los duros ojos
cortados en la almendra de la ira,
rayos de hirsuta fuente,
traspasan la convulsa enredadera
y cuajan la inocente, abierta sangre
en blancos monolitos del olvido,
en escrituras de la nieve, en vuelos
de paloma en su luz cristalizada,
en árboles de leche, en pan de mármol,
en témpanos de trigo sin orillas,

en lámparas de sal, riscos de abejas
caídas en los páramos del alba.

Vestida de luciérnagas feroces
Electra salta de su torre en olas,
rompe el meollo gris de la tormenta
y esparce el río de la quemadura
en el ríspido anillo de su danza
que estrangula los tuétanos del cielo.
La llama esponja su heredad crujiente
donde una primavera desbocada
se ahoga en el furor de la vendimia
que los luctuosos átomos devoran.
La muerte se acurruca
en su espectro de fuego solapado
bajo el temblor de la desierta aurora,
y nunca, nunca, nunca más las flores.

VISION XVI

Creció de pronto un árbol de centellas:
las amarillas flores
en su cáliz reseco fulguraron,
y repentinos frutos,
preñados de huracán se distendieron
en combos oleajes.

Las quijadas del cielo cristalino
se abrieron con dolor hasta romperse
y se tragaron la ciudad en vuelo;
sus jardines, sus fuentes y sus muros.
Hojarasca de piedra
que un otoño sulfúrico desata,
cayó temblando en corrosivos copos
sobre la sombra hundida de los huesos.
Entre columnas y desiertos arcos
una hambrienta ceniza de oro roe
la acariciada luz de las maderas,
y el íntimo metal que oyó el latido
del tiempo en una mano deshojada.

Sube el polvo en colinas tormentosas
erizadas de mustias cabelleras,
de ojos disueltos en mitad del llanto,
y de bocas rasgadas en el ruego.

Todavía se escucha
una palpitación de agrías cisternas
y un jadeo animal que busca el grito
bajo las marejadas del escombros.

Alguien coge su libro, alguien su mapa,
sus húmedos pinceles, su muñeca;
alguien ciñe su espada y el invierno,
alguien toca la flor, la mariposa
clavada al blanco borde del verano.
Alguien, en doble viaje distraído,
funde en el viejo medallón su rostro.
Alguien abre un crepúsculo dorado
y a su tranquilo espectro se adelanta.

Alguien embiste la encendida niebla
sobre el barco en su lágrima cuajado,
y una sirena gris borra su oído
por el mar lleno de árboles y alas.

Corren, corren, en fuga por su sangre
—fuego sin fuente, manantial sorbido—
al pensamiento mísero pegada,
y de pronto en un pozo
picante y emplumado se derrumban
como flores de trapo, en lentas briznas
de inmemorial olvido derramados.

VISION XVII

Los arcos de las tensas catedrales
se resquebrajan en la sombra fría.
Lento racimo de ayes y de arenas
se desgrana por broncos laberintos
hasta perderse en la nocturna entraña.
En las burbujas del silencio crujen
sutiles esqueletos de oraciones;
arrullan como esquemas de paloma
frente al cielo que cierra
con tenebroso témpano su oído,
y al fin un trueno estalla en las raíces
donde la piedra fue en su flor cambiada.

Entre las torres gime
gesticulado por la muerte un viento
lleno de águilas acres que transpiran
flechas de azufre; el viento entre las torres
sus funerales pájaros afila
y husmea el negro vino de la llaga.

El llanto abre sus fuentes
de ronca plata; sus espinas rompen
la piel del aire, amargas
como el mar cuando lidia con la muerte.

Relámpagos espesos
tallados en latidos y agujones,
lenguas de blando sílice, de hoguera
solapada en los claustros del granizo,
—córneo, eléctrico luto de la gula—
las abiertas heridas
de la casa del hombre saborean,
y apagan, rosa a rosa,
la veloz madrugada de los huesos.

Una capciosa máscara de brea
ciñe a la noche el rostro enajenado,
y de su dulce cabellera baja
sordo, desnudo, dislocado río,
hasta los yertos pies la rota sangre.

VISION XVIII

Las madres allí están, desde allí miran
las polvorientas, las hundidas madres,
secas fuentes del hijo, los vientres desfondados,
los arrugados muslos como perlas marchitas,
largos lirios quemados por las lágrimas
en un aire que gime como los moribundos,
aire que huele a la perdida sangre
en que los hijos nadan
antes de entrar en el combate de oro,
cuando estrenan su casa de temblores
vistiendo el tenebroso
ropaje del perfecto paraíso.
Sollozan con un torpe sollozo de ceniza
mirando siempre hacia un remoto cielo de agrias lluvias,
hacia las sementeras del otoño
donde los ojos de los hijos caen.
Allí crujen y oran y se aprietan
como gavilla de ángeles sin sueño
de sol a sol del tiempo sumergido
donde giran los hijos arrancados,
sombas de sal, recónditos caolines;
los que se hundieron bajo las violetas funerales del humo,
los que tragarón el desierto en llagas,
perdidos en los dédalos del átomo

y en sulfúreas galaxias divididos;
los que yacen detrás de la sonrisa
guardada para el día del retorno.
Ellos duermen mecidos y anudados
por la ráfaga de ojos vigilantes,
los siemprevivos que en la sombra bullen,
las maternas semillas del castigo,
huevos atroces de la primavera
final, cuevas del rayo.
Allí están sin dormirse,
sin derrumbarse nunca, en el aliado
corazón de la noche, y allí esperan.
A sus pies, con herido centelleo
pasa bramando el río de la leche,
aúlla la encelada torrencera,
y corre, corre, corre,
ahíta de cabezas de verdugos,
por la tiniebla sorda
buscando entre gargantas escarpadas los deltas del in-
[fierno.

LETANIA DE LA LIBERTAD

Porque soy un grano de musgo
que los diáfanos pies del día
cambian en el sueño del humo.
Porque soy un grano de musgo:

dame la libertad.

Porque tengo la sangre corta
como corriente del desierto
que apenas nace desemboca.
Porque tengo la sangre corta:

dame la libertad.

Porque vivo en estrecha casa
con paredes de sal y fuego
que comen puertas y ventanas.
Porque vivo en estrecha casa:

dame la libertad.

Porque doblo la sed del yermo
y una gota en el mar persigo
siempre delante de mi tiempo.
Porque doblo la sed del yermo:

dame la libertad.

Porque hay garras picos y dientes
en este lúgubre agujero
donde tu noche me detiene.
Porque hay garras picos y dientes:

dame la libertad.

Porque debo encender las viñas
con la brasa de mi costado;
porque quiero morir sin prisa.
Porque debo encender las viñas:

dame la libertad.

Porque estás borrando el camino
y hablas idioma de tinieblas
montaña de ojos sumergidos.
Porque estás borrando el camino:

dame la libertad.

Porque peces y soles bullen
en mi garganta prisionera
donde tus negras uñas crujen.
Porque peces y soles bullen:

dame la libertad.

Porque Dios no cabe en mi boca
y su luz mis huesos avienta
en un trueno de mariposas.
Porque Dios no cabe en mi boca:

dame la libertad.

Porque habéis dicho: concierto tenemos he-
cho con la muerte, e hicimos acuerdo con la
sepultura...

Isaías 28¹⁵

APOSTROFE I

Escuchad el galope de los jinetes
que vienen de la mar
con el trueno enredado entre los cascos.
Levantad las cabezas de mercurio,
quitaos esa pátina de escoria
y veréis las raíces de una llanura muerta;
veréis llover en resplandor antiguo,
el oro gris del heno y la cebada,
las deslumbrantes lágrimas del trigo.
El galope resuena en la aérea comarca
sobre los rostros de mendigos duros
que a un sol podrido de albañal se inclinan.
Levantaos que pasan los jinetes,
la palabra terrible en los labios,
abiertos los divinos estandartes
en que sagrados signos centellean.
¿Qué hacéis como culebras, como granos de lodo,
qué hacéis pegados a la piedra ciega
buscando en las herrumbres derramadas
los hundidos espejos de la sangre?
Escuchad el galope
de los tersos caballos
que en el ijar custodian una rosa de nieve.
Escuchad el galope; desvestíos los huesos un instante

poned al viento un caracol de llamas
donde el verbo desnudo
os coma con sus rayos el oído.
Ellos pasan y pasan,
los torsos esmaltados con abejas,
y hacen crujir el pálido recinto
con el dardeo de sus lenguas de oro.
¿No los oís?, romped las ligaduras,
arrancaos al tibio estercolero.
Sordos, secos, malditos,
entre vuestras quijadas rompéis la última espiga
rastreada en el antiguo silo de Dios, es hora:
volveos hacia el alba que repite
su promesa de rostro imperturbable.

VISION XIX

¿Quiénes son, quiénes, los que están sentados
alrededor de la mesa esculpida en preciosas maderas?
¿Quiénes son? Nadie lleva el rostro descubierto.
Alguien trae una máscara purpúrea
donde la nieve y el alcohol combaten.
Cuando habla hay un eco velludo en las estepas:
los brincos de la danza electrizan a lobos y raposas.
Pero él extiende un ademán de olivo
y el ramo se menea suavemente
coronado con una paloma embalsamada.
Otro lleva una máscara de oro
mezclado a un polvo gris de roca muerta,
una máscara estéril que se abre sobre la boca insulsa
que estira hasta el espasmo una sonrisa de raíz quemada.
Cuando éste deja de reír y dice,
las cuevas de los puros minerales
se encogen como vientres sobre el vivo tesoro,
y la palabra grande, como un odre de espumas
se hincha y estalla en turbulentos gases
que ennegrecen altísimas torres pobladas de pájaros locos.
Pero él extiende un ademán de oro y polvo gris de roca
[muerta;
él extiende la mano y arroja monedas al vuelo;

salen por las ventanas del salón, caen sobre tierras y
[mares,
sobre las poblaciones y los bosques descienden,
mariposas de oro y polvo gris de roca muerta.
Otro lleva una máscara de flexibles azules
que mezcla a fatigados hilos de oro
pigmentos de granates y circones.
Brilla, relampaguea, se adhiere a veces a la oculta cara
y espeja el rizo interno de un astuto oleaje;
Otras veces resbala sobre huidizos músculos,
y el secreto de seda vuelve a irisar la rica superficie.
Cuando éste habla se yerguen las cabezas de los reyes
[caídos en su sangre
y asoman, por encima de un trigal caudaloso.
Cuando éste habla se ponen a escuchar en silencio
los corazones de las viejas ciudades,
tiemblan los bellos torsos de las estatuas que miran hacia
[adentro
y un aura secular de aliento hundido
pasa por las profundas bibliotecas como por grandes
[bosques
donde gorjean aves de progenie divina.
Este habla y sonrío a la máscara roja y a la máscara
[de oro,
y cuando extiende la desnuda mano
palomas vivas y ásperos neblíos

palpitan en los pálidos vitrales.
Otros sentados cuerpos mueven sus duras articulaciones:
llevan máscaras lilas de mala imitación y burda tela;
debajo de estas sombras muequean labios rígidos,
sobre las frentes flotan cabelleras de fibras vegetales,
y los hombros cuadrados denuncian aserrines y cartones.
Estos hablan también: cuando éstos hablan
alguien sufre en su estómago y su cuello
la tensión del tragado discurso de cien bocas.
Estos también extienden manos de artesanía,
y piden, piden, piden, como vacuos mendigos,
y reciben y vuelven a dar con maquinados barboteos
las trasnochadas órdenes.
Otro, aún, lleva una máscara sencilla
que suma a la humildad del pergamino
el noble burbujeo de las perlas.
Este habla poco pero escucha siempre.
Cuando salen al aire sus palabras,
los sensitivos mares del planeta conturba
el antiguo historial de sus rumores;
y lenguas verdes dicen letanías de niebla
velando los cristales de las frías ventanas.
Un águila de fuego salta de monte en monte
y sostiene en sus garras una imperial corona
que austeramente deja caer sin una lágrima.
En el recinto se abre un haz de adultas voces,

y un sí o un no gobiernan la oración y sus ritmos.
Cuando éste habla, enderezan la espina los oyentes po-
[derosos,
y del ángulo recto son el vértice pulcro las rodillas;
se borran las arrugas de los trajes,
las columnas de mármol inclinan un fulgor ceremonioso,
y, en el aire, de súbito estelado por la bruma,
pasea un león de cobre
llevando entre los dientes un largo y amarillo documento.
El extiende la mano...

VISION XX

En su trono de estiércol
un rey está sentado:
el agrio bordoneo de las moscas
le ciñe la cabeza en negro rayo.

Sobre el trono de estiércol
crece una hirsuta sombra de payaso,
y un torrente feroz de cascabeles
aplasta los jardines y los campos.

Verde veneno salta
de los hinchados labios
y un aliento de pólvora sumerge
las olorosas crestas del verano.

Pigmeos diligentes
tañen melosas cítaras de estaño.
La sucia historia encuentra
su sonoro sepulcro cortesano.

Lejos, en las llanuras
sube un trigo de sangre, encadenado,
y el cielo mira la curvada espalda
sobre el pozo del llanto.

Lejos, en las ciudades,
sonríen muertos ante el pan llagado.
Los muertos comen, aman;
el pudridero alza un hedor lozano.

APOSTROFE II

No lo toques: él labra su viña.
Déjalo en paz: él sabe urdir el trigo.
Vuélvete: él conduce los ganados.
Retírate: él gobierna en las entrañas
de su madre la tierra, un imperio.
Aparta: el mar le ha ofrecido cantando
las llaves del trueno y de la espuma.
Cállate: él usa un habla de panales
y sabe más del sol que los cardos.
¿Quién eres tú que llegas para hacerle
odiosos el racimo y la espiga,
los árboles, los peces, los corderos,
los minerales, la miel, las alas?
¿Quién eres tú, cerebro encapuchado,
corazón de átomos feroces,
quién eres tú con un fusil al hombro
y en las manos la espesa cadena?
No vengas a romperle las carótidas,
murciélagos de diente electrónico
para atiborrar tu teórico vientre
sobre la frágil silla del déspota
y eructar la palabra libertad
hasta morir ahíto de sangre,
hasta morir de la inocencia airada

de su sangre revuelta en tus huesos.
No lo toques, no quiebres sus fronteras
o echa al mar tu cadena maldita,
arroja tus cañicos fusiles;
déjalo en paz o ciñe tus lomos
para alzar las mazorcas, los racimos,
para cambiarte en peces, en panes,
para ser torre de harina y de lana
para sudar el carbón, la perla,
para hundirte en la sal y en el estiércol
para cruzar su arena y su nieve,
para gozar su lámpara de musgo
para cortar la flor de su llanto
para sufrir su amor hasta borrarte
en los surcos que se lo devoran.
No te tragues su cuerpo irrepentible,
su irrepentible tiempo de polvo,
su modo irrepentible de encerrarse
en el ser pertinaz de la aurora.
Quita de ahí tu sabiondo fantasma
con hilos en los pies y en la lengua:
déjalo elegir a su dios sin prisa
y entra con él sonriendo en la muerte.

APOSTROFE III

El trino que celebra la claridad de octubre
se abre en lluvia de pífanos y campanas que giran
hasta borrar los bordes de la aurora.
(Y vosotros sombreando vuestras cuevas
mientras cae una lluvia de guijarros
sin fin en vuestro oído).

Esta fragancia que en el ritmo verde
del aire niño arrastra musgos de oro,
sutiles pensamientos de la niebla,
y en frescos caracoles desenvuelve
los sellados jardines de las aguas.
(Vosotros en la pólvora sumidos,
paladeando un hedor que echa raíces
en los repliegues cárdenos del alma).

Un árbol llena el cielo de hojas vivas
transfigurado en una dulce hoguera.
Frutos sin peso bailan, vuelan, caen.
¡Oh fiesta de las manos y las bocas
liberadas del peso de la vida!

La piel madura de la tierra tiembla.
La rica sangre enciende el triple reino,

y en las frágiles palmas cosquillea
la victoria del hombre.

(Vosotros, encogidos sobre un montón de balas,
con el puño de sangre
desterrado tenaz de la manzana).

El pájaro que bulle entre las redes
de la luz y se esponja y canta y cae.

El árbol que se alarga lleno de ojos
a morir en la cumbre del invierno.

El jardín que levanta hasta el dorado
corazón de la abeja

los iris de sus vísceras hundidas.

Los frutos que deslizan en las bocas
el húmedo color del paraíso.

(Vosotros, la mirada en el estiércol.

Vosotros con las lágrimas de piedra.

A espaldas de la luz vosotros, ciegos,
bajo la cenicienta piel del odio).

APOSTROFE IV

Abrid los ojos turbios, restregaos
los ciegos ojos en la virgen brasa;
miraos en el fondo de los huesos,
sacad al aire médulas y llagas.

Asomaos a un trueno de balcones,
haced un sismo de atrios y de plazas,
quitaos el pellejo de las torres
izad la lengua en crepitantes llamas
y abrasad las colinas y las sierras
gritando basta, basta, basta, basta!

Abandonemos a la muerte, es hora
de arrojar su librea amoratada.

Dejémosla que invente sus senderos,
no volvamos la tierra de su arada;
que riegue sola el surco tenebroso,
que sola ampare su semilla amarga;
no empuñemos el rayo de sus hoces,
no aderecemos su manjar sin pausa.

No más esclavos de podrida sangre
con sus negras bandejas en las palmas:
Dios conduzca sus pasos y sus sueños,
limite Dios sus trojes y sus viandas.

VISION XXI

Vendrá el llanto, vendrá con sus ejércitos
de tiniebla salada,
y la casa del hombre
temblará como flor en la ventisca.
Cuando la torre de los huesos cruja
y el fuego pegue a su blanco gemido
la lengua flagelada de temblores,
la ceniza cambie cimientos
en ráfaga de pájaros marchitos,
y suba como lepra
a derrumbar la corona de llamas,
vendrá el llanto, escuchadme, vendrá el llanto.
En la celeste cueva
oigo latir el diapasón marino,
leudar su brasa el pánico meteoro.
Arrancará de secretas honduras
cuando en perdida tromba se dispersen
las esteladas vísceras del mundo.
Un gran río de ojos
surcará el horizonte
señalando el minuto de la ira.
Muchedumbre de llagas
andaré sobre nieves y praderas
arrastrando la sombra de la sangre.

La tierra quedará viuda y desnuda,
como guijarro, deshijada, estéril,
porque todos los huesos de los hombres,
los inocentes huesos y los malos,
los agrios huesos, los podridos huesos,
se alzarán en la pálida tormenta
y el aire romperá chisporroteando
la inmensa cola del herido polvo.
Reseca espiga mascaré la muerte,
y al ruido torrencial de sus quijadas
se borrarán los rezagados ayes.
Oíd mientras aún levanta el trigo
su sabrosa candela entre los muertos
y el mar medita en su larga paciencia;
oíd mientras el fuego
reposa en sus fronteras amarillas
como un tenso leopardo
que oye nacer el trueno de sus venas,
y el huracán se duerme
alrededor de una paloma invicta.

Oídme: vendrá el llanto, vendrá el llanto.
La hora del llanto crece
como un ramo de mares
que en las palmas de Dios está latiendo
con las flores cerradas todavía.

LETANIA DEL OLVIDO

De las colinas, entre blancas hierbas
que coronan los vuelos del rocío,
subió la voz quemada por el llanto:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste la tierra, el santo polvo,
la raíz de tu sola primavera,
el huerto de una hora, el sol sin hijos:

¡Ay, olvidaste!

La golondrina y su rumor violeta,
la nube que escondiste en tu coraza,
tus ojos en los ojos de las fuentes:

¡Ay, olvidaste!

La no tejida túnica del lirio,
el prado y sus milicias irisadas,
tu bosque volador de frío y niebla:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste al cordero tinto en muerte,
su lengua azul de pétalo tranquilo,
su leche interrumpida por la sombra:

¡Ay, olvidaste!

La audacia del racimo que atraviesa
indemne las hogueras del verano
y en tu sangre, puntual, echa su río:

¡Ay, olvidaste!

La flor que en el sepulcro se levanta
y al aire vuelve el rostro de los muertos
no destinados a la nieve hundida:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste los días que se abrieron
como frutos que estallan de hermosura
y eternizan los fuegos de la abeja:

¡Ay, olvidaste!

La siembra de los puros, coronados
por la humildad de un sueño de semillas
que en el delgado surco se fundieron:

¡Ay, olvidaste!

Los dédalos marinos de tu llanto,
la esfinge que en tu máscara sonríe,
la canción que en el grito se corrompe:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste mirar en tus entrañas,
pedir audiencia a su latido negro,
llorar por la hojarasca de tu lengua:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste medir tus pobres huesos
minados por la luz que no perdona
y hace de tu ceniza pez y avena:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste los tuétanos del niño
y la voracidad de las raíces
que sorben su sonrisa putrefacta:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste tu olvido de la vida,
tu palabra de humo y de veneno,
tú sí, secreta larva de la guerra:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste que Dios no olvida nunca,
que no cesan sus diáfanos tambores,
que su vigilia abrasa tus olvidos:

¡Ay, olvidaste!

Olvidaste que Dios piensa tu herida
como rosa muriendo muerte inmóvil
en un sordo jardín de la tiniebla:

¡Ay, olvidaste!

Y en aquellos días buscarán los hombres la
muerte y no la hallarán; y desearán morir y la
muerte huirá de ellos.

Apocalipsis 9^o

CASTIGOS

I

Una compacta muchedumbre escucha:
como trémulo bloque de latidos
se suelda al horizonte escamoteado
y borra los caminos.

En mitad de la plaza
están los habladores
saltando sobre losas encendidas
que las plantas les comen.

Sus aullidos se truecan
en venenosa ráfaga de avispas
que los desnudos agujones rompen
a los torsos ceñidas.

Vuela una turba de demonios verdes
con cabezas de pájaros cantores
y garras de amatista,
desde los cuatro rumbos de la noche.

En el viento la asidua quemadura
levanta nubes acres.

De las abiertas bocas
hinchadas lenguas caen.

Las uñas de los célicos verdugos
del gangrenado pétalo se cuelgan,
y la sangre amarilla
sobre el sagrado pavimento rueda.

Muda, la muchedumbre
respira el ronco hedor de las cenizas,
y un brusco remolino de diamante
deja las piedras limpias.

CASTIGOS

II

Todos vienen, todos llegan
con las máscaras calzadas.
Sobre el trono está sentado
un ángel con un espejo como una hoguera de agua.

El grave recinto llenan
los gemidos y los lloros
mientras reposan las alas
sin que una pluma intranquila quiebre sus curvas de oro.

Todos quieren arrancarse
—y rompen uñas y huesos—
las máscaras que comienzan
a echar en las carnes vivas, largas raíces de acero.

Mi rostro, mi rostro, gritan:
y en el implacable espejo
se ven, de sangre vestidos,
sólo su sangre desnuda, y enmascarados eternos.

Rostro y máscara soldados
fundidos a fuego y sangre,
a la orilla de las horas
ante el espejo profundo y en sus máscaras penales.

CASTIGOS

III

Aquí están en la última ribera
donde el sueño de Dios se desvanece
en su blanca espiral de frío y sombra.
Aquí están en la ráfaga, disueltos.
Perdieron para siempre
los dulces cuerpos, sus resurrecciones
de maíz o de nardo, de crótalo o de hormiga.
Perdidos son, perdidos
en una eterna, vibradora cárcel
obediente al unánime secreto,
dura matriz cerrada para siempre:
comedora de hijos.
Aquí están castigados con la ausencia
del antiguo dolor de carne y hueso.
Aquí están, en la orilla, anonadados,
en la última orilla
donde el oleaje negro se levanta;
sin boca entre los átomos nocturnos,
y para qué el insomne pensamiento.
Detrás brilla la inmensa pradera giratoria
las formas centelleantes
en que el divino sueño se recrea;
las formas vivas que se derrumbaron

en la muerte sin pausa.
Aquí están, desterrados, los que andaban
en frenéticos trajes noche y día,
con premura espacial, con hambre estéril,
hortelanos inútiles,
pegados a las cáscaras del cosmos
sólo a las secas cáscaras del fruto,
sin sed para una gota de su entraña.
¿Cómo llorar sin ojos el borrado
rostro del mundo, cómo?
Y para qué el insomne pensamiento.

Sobre el desnudo mar chisporrotea
un gran rumor de oro.
Sin oídos lo oirán, ya sin oídos,
en la muerte sin pausa:
es la risa divina,
"la inextinguible risa de los dioses".

CASTIGOS

IV

Salen lobos armados de cólera y mandíbula,
lentamente se arrancan de las sulfúreas cuevas;
bocas moradas por la codicia,
dientes crecidos en larga luz hambrienta.

Los señalados quiebran el sitio de la nieve
que alrededor de su ardiente desnudo
marchita sin cesar un llanto estéril
derrumbado en espigas de mercurio.
Como orugas que rompen la costra planetaria
surgen de un fuego sacro
a la vida y la muerte mutiladas
de un anillo animal y sin descanso.
Los lobos trazan la velluda curva
de un salto, cogen las firmes gargantas,
y la sangre, de eléctricas espumas
surte al revés, en lluvia ajusticiada.
Se crispa la frontera de los cuerpos
convulsa, a punto de extinguir su sombra,
cuando regresa con furor cetrero,
multiplicado halcón, la lluvia sorda.
Uñas y picos, dardos
batidos en los yunques del poniente,

se lanzan en su nube soslayados
y acribillan las pieles,
hurgan el laberinto de los huesos
sorteando en cada herida
los riscos de la muerte, y el destello
burlón de su recóndita sonrisa.
Un viento repentino
de pradera polar echa sus flores
sobre el temblor violeta del castigo,
y a su blanca prisión vuelven los hombres.

Allí están, esperando,
lobos al borde hediondo de sus cuevas.
Y éste es el punto exacto
en que el crujir de dientes recomienza.

INDICE

Visión	I	7
Visión	II	11
Visión	III	14
Visión	IV	16
Visión	V	18
Visión	VI	19
Visión	VII	21
Visión	VIII	23
Letanía de la Verdad		28
Visión	IX	33
Visión	X	35
Visión	XI	38
Visión	XII	40
Visión	XIII	44
Visión	XIV	49
Visión	XV	51
Visión	XVI	53
Visión	XVII	55
Visión	XVIII	57
Letanía de la Libertad		59
Apóstrofe	I	63

Visión XIX	65
Visión XX	69
Apóstrofe II	71
Apóstrofe III	73
Apóstrofe IV	75
Visión XXI	76
Letanía del Olvido	78
Castigos I	83
Castigos II	85
Castigos III	86
Castigos IV	88